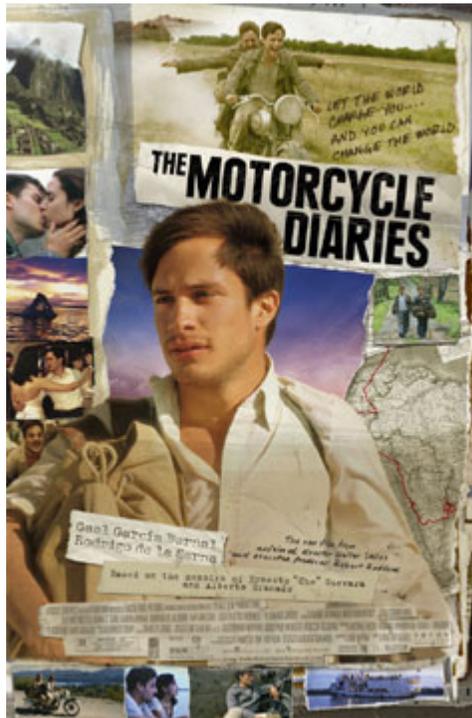


CRITICA / REVIEW

Ernesto “Che” Guevara, *Diarios de motocicleta: notas de viaje por América Latina*, Melbourne/Nueva York/La Habana: Ocean Press, 2004. 168 pp.

“Motorcycle Diaries”, dir. Walter Salles, perf. Gael García Bernal, Rodrigo de la Serna, 2004.



Diarios de motocicleta: lo que los ojos de Ernesto Guevara le contaron a Walter Salles

GUILLERMINA DE FERRARI

University of Wisconsin—Madison

Durante una visita oficial que hace a Budapest en 1960, Ernesto Guevara se entera de la presencia de un amigo de la infancia, Fernando Barral, quien, exiliado en Hungría desde 1952, sospecha que el flamante héroe de la Revolución cubana no es otro que el temerario compañero de juegos de su infancia en Alta Gracia. En una esquila a Barral, Guevara se identifica: “Querido Fernando: sé que tenías dudas sobre mi identidad pero

creías que yo era yo efectivamente, aunque no, porque ha pasado mucha agua bajo mis puentes y del ser asmático e individualista que conociste sólo queda el asma” y firma “el Che, que tal es mi nuevo nombre.”¹ Esta nota condensa la trayectoria del Che Guevara tal como la muestra la película *Diarios de motocicleta*, dirigida por Walter Salles, en la que Fúser (mote originalmente dado por Alberto Granado a Guevara durante un partido de fútbol, apócope de Furibundo Guevara de la Serna) cruza el río Amazonas, cuyas aguas lo limpian moralmente de toda aspiración burguesa, ya que no de su enfermedad física, y lo bautizan simbólicamente en ícono universal de la lucha revolucionaria. No cabe duda que el Che Guevara ha encontrado su verdadera medida ocho años más tarde, cuando aclara en su esquila a Fernando Barral: “sigo siendo un aventurero, sólo que ahora mis aventuras tienen un fin justo.”

A pesar de su elocuencia, la nota de Guevara muestra la dificultad de resumir su extraordinaria trayectoria. Si esto es así para el propio Che en 1960, cuando la parte más significativa de su historia ya ha ocurrido, podemos imaginar las dificultades que presenta para Walter Salles, quien no sólo condensa esta complicada transformación en sólo dos horas de celuloide, sino que además lo hace desde una posición de negación, ya que en el momento de la vida del Che que abarca la película (del 29 de diciembre de 1951 hasta el 26 de julio de 1952), la historia que dará lugar a la leyenda no es siquiera imaginable. Dada la premisa temporal del film, resulta imposible anticipar la leyenda pero, a la vez, ¿cómo ignorarla? Walter Salles resuelve esta paradoja creando un retrato más metafórico que real de Ernesto Guevara. O, usando las palabras del propio Che, podemos decir que hay más agua que puentes en los *Diarios* de Salles.

¹ Estos recuerdos comparte Barral en el homenaje que Fidel Castro publica en ocasión de la muerte del Che en 1967.

Aunque el film se basa con bastante fidelidad en los *Diarios de motocicleta: notas de viaje por América Latina* de Ernesto Guevara y, sobre todo, en *Con el Che por Sudamérica* de Alberto Granado así como en largas entrevistas realizadas a Granado en La Habana, Salles pone los acentos desde un futuro que las notas de viaje aún no conocían, marcando momentos relativamente insignificantes con el don de la profecía. El resultado: una combinación de “road movie”, género ya explorado exitosamente por Salles en *Central do Brasil* (1998), y de relato de aprendizaje. Como “road movie,” la película recorre bellísimos paisajes, realizados por una excelente fotografía (la fotografía se vuelve biografía al recrear la mirada de Guevara mediante un interesante simulacro de “instantáneas” de viaje al final del film). La música de Gustavo Santaolalla combina elementos autóctonos, como el uso del cajón, con otros más contemporáneos como la guitarra eléctrica, proyectando una sensación de juventud eterna, no muy diferente al aura que rodea la figura misma del Che. El guión del puertorriqueño José Rivera es cuidadoso en tomar los fragmentos más literarios de la escritura del joven Guevara, no sólo de los diarios sino también de sus cartas, que aparecen en *off*, permitiéndonos compartir en la introspección de la primera persona su crecimiento moral. Los diálogos tienen una gran naturalidad: colabora en esto el uso de no-actores combinados con actores experimentados (entre los que se destaca Rodrigo de la Serna por su maravillosa actuación) capaces de improvisar con soltura desde su papel. Lamentablemente, sin embargo, el guión se apoya demasiado en el modelo “Don Quijote y Sancho Panza,” digo demasiado pues esta estructura termina separando a los personajes en jerarquías y hasta en géneros diferentes. De hecho, el Granado de Salles, aunque sensible y de buen corazón, parece relegado a personaje de la picaresca, género del que sólo sale para

admirar al futuro Che, mientras que éste habita el relato de aprendizaje, en el que comienza a erigirse tempranamente como protagonista de la Historia.

Y he aquí el problema: el héroe “*in progress*” que encarna Gael García Bernal, aunque sutil en el trabajo emocional, resulta demasiado mesiánico. Como el Che de la leyenda, el Fúser del film muestra una profunda lealtad a sus convicciones y un conmovedor sentido de justicia, pero al contrario de éste, no hay en él mayor beligerancia, arrogancia u omnipotencia. Es difícil imaginar a este ser introspectivo e idealista en medio de una revolución “con tiros” sino al costo de una gran violencia hacia su persona. García Bernal no tiene ni la belleza de Guevara (“presencia física” le llama Granada), ni su carisma, atributos ambos que sin duda han contribuido a la formación del mito. Desprovisto del “aura” que rodeaba al original, al Che del film le sobra solemnidad, erigiéndose en un Cristo folklórico en ciernes. Pero ¿y si el Che no fuera tan bueno como lo pinta Salles? Por ejemplo, la dramática escena del brindis de cumpleaños en el leproso de San Pablo, en el que el Che alaba apasionadamente una Latinoamérica mestiza y unida, es descrita en una carta a su madre como un “discurso muy panamericano” que hizo “inspirado por el trago” y que le valió “grandes aplausos del calificado y un poco piscado público asistente.” El simbólico cruce del río inmediatamente después del brindis (y que, de hecho, no es mencionado por el Che sino de pasada en una carta a su madre) se presta a un similar *double entendre*: ¿el Che que tenía terror al agua de noche cruza el Amazonas “para celebrar mi cumpleaños *allá*” por un sentido de justicia social o es que él, también “piscado”, es dado a las imprudencias? Corroboración esta profana interpretación el incidente con la mujer del mecánico (de *su* mecánico filantrópico) en Chile. En fin, el Che del film parece que se dobla bajo el peso

de la profecía, y cuando lanza una pedrada al capataz de las minas de Chuquicamata, las nubes del destino ya anuncian revolución.

No es posible imaginar la Revolución Cubana sin el Che, pero sí es posible imaginar al Che sin la Revolución Cubana: esta es la promesa incumplida de Walter Salles. Pues, al superponer un retrato acabado sobre el del joven estudiante de 1952, quedan más incógnitas que certezas: ¿En qué momento comenzó realmente el Che a vivir su “futuro”? ¿Qué lo inspiró y qué lo decidió? ¿En qué parte de su comportamiento o personalidad reside realmente la materia de la que está hecha su leyenda? Sugiere Jorge Castañeda, excelente biógrafo de Guevara, que la leyenda del Che reside en una “simbiosis casi mágica” entre el símbolo y su época.² Pero, ¿cómo anticipar visualmente una simbiosis que tardará años en ocurrir y muchos más para volverse visible? Y es que cuando uno se mete con la verdad (palabra por demás incómoda), no hay por dónde acabar. Habiendo tanto texto escrito por el Che mismo y por otros sobre él, así como tanta gente aún viva dispuesta a dar testimonio, aparecen muchas “verdades” que, lamentablemente, se alejan en una forma u otra del Che de la película (es que las verdades son naturalmente polimórficas y también perversas). No obstante, una cosa resulta verdaderamente imperdonable y es que la realidad sea más interesante que la ficción.

“Mi boca narra lo que mis ojos le contaron” anticipa Ernesto Guevara de la Serna en el prólogo a *Diarios de motocicleta* que bajo el título “Entendámonos” escribe en

² En *La vida en rojo* (Alfaguara 1997), Jorge Castañeda propone que hay una afinidad especial entre Guevara y su época, ambos definidos por una “mezcla singular de determinación y afán de cambio, de omnipotencia y altruismo, de arrogancia y desapego” (494). En la tesis de Castañeda, la simbiosis acontece un año después de la muerte de Guevara, durante los diferentes eventos mundiales de 1968 que lo enarbolan como símbolo. Pero para los fines del film, esta afirmación no cuenta: sin duda alguna, el Che de 1952 está más cerca de mi papá que de Woodstock.

1953. No obstante, sus notas de viaje no caben dentro del género testimonio, ni tampoco en el de relato de aprendizaje. Es más, muy pronto dejan incluso de ser “diarios.” Sí funcionan, en cambio, como un curioso autorretrato del joven estudiante. Privadas de visión profética, las notas permiten vislumbrar al joven aventurero y completamente ignorante de su propio destino que alguna vez fue el Che Guevara. Efectivamente, *Diarios* muestra el avance de una sentida pero vaga toma de conciencia sobre las injusticias sufridas por el indio (así, en abstracto), respaldadas por un antiamericanismo bastante simplista. Aunque ocurre algún tipo de crecimiento, éste es más bien de orden moral. La falta de un interés político serio es evidente: hay ausencias sorprendentes, como la figura de Perón o la revolución campesina boliviana de 1952. El joven que revisa las notas de viaje intenta afanosamente entender lo visto y, sobre todo, entenderse a sí mismo, aunque esta exploración interior no va más allá de una persistente búsqueda de foco. Haciendo una analogía entre escritura y fotografía, el mismo Che lo advierte en el prólogo: su mirada está comprometida, en todas las acepciones de la palabra, pero “el baño sensitivo con que está cubierta mi retina no es bien conocida por el lector, apenas la intuyo yo.” El Fúser de los *Diarios* muestra un profundo interés por la realidad del continente pero ésta es más bien expresada en forma de “conocimiento” y, en sus momentos más sinceros, como un intenso deseo de saber más.

Sin duda, lo más claro en el texto es la escritura; más precisamente, la firme voluntad del joven Guevara de hacer literatura. Casi un año después del viaje, el Che revisa sus notas y convierte partes del texto en relatos o ensayos, ya sea sobre “actualidad,” medicina o historia, para un público aparentemente abstracto. La revisión permite una elaboración del autorretrato, tarea a la que no se presta la escritura de un

diario; en este sentido, la doble escritura resulta reveladora. El diario de Guevara de 23 años busca erigirse (a veces torpemente desde el punto de vista literario o filosófico) en una autobiografía como son las autobiografías de los Grandes Hombres. Sin embargo, con la excepción de un anexo tan bélico como discutible (que en seguida discutiré), el registro de las experiencias por Sudamérica nos deja en una verdadera *medias res* política y en una anhelante búsqueda de ser alguien (de ser Alguien), ya sea a través de la medicina o de las letras. Así se cristaliza en los diarios una inconveniente verdad sobre Ernesto Guevara: su ambición.

Otra verdad que aleja a Guevara del mesianismo es lo azaroso de su trayectoria. Para cuando Fúser se separa de Alberto Granado en el aeropuerto de La Guaira el 26 de julio de 1952, el único futuro visible es la promesa del regreso a Caracas y que, de hecho, nunca se concretará. Pues la transformación del Che, que llevará muchos años y más kilómetros, será dictada por circunstanciales encuentros sociales. Los trayectos de Guevara suelen ser de acompañante: el “primer” viaje (sin serlo) por Sudamérica ha sido fundamentalmente el sueño de Granado, organizado a partir de las obsesiones del amigo, como son la lepra, por un lado, y el activismo político, por el otro. Su “segundo” gran viaje, que realiza en tren a Caracas después de recibirse de médico para unirse otra vez a Granado, marca un desvío con grandes, aunque todavía vagas, consecuencias. Estos son los pasos de la iniciación: camino a Venezuela, Guevara hace una escala en Bolivia donde conoce a Ricardo Rojo, un exiliado comunista argentino desilusionado de los giros que ha tomado la rebelión campesina en el país andino. Rojo pronostica que será en Guatemala donde tendrá lugar una verdadera revolución campesina. Ante esta perspectiva, Fúser abandona los planes venezolanos y parte con Rojo a Guatemala. Ya

en Centroamérica, Guevara no deja de ser un interesado pero pasivo observador de la reforma agraria de 1953 (que intentó, entre otras cosas, expropiar las tierras de la United Fruit Company) y de la consecuente caída del gobierno de Jacobo Arbenz. Sin embargo, Guevara traba amistad con activistas políticos tanto de Guatemala como de Cuba, exiliados del frustrado asalto al cuartel de la Moncada, quienes bautizan al argentino con el nombre “el Che.” Luego del golpe contra Arbenz, Guevara se “exiliará” en México junto con muchos de sus amigos (aunque hay diferentes versiones, todo apunta a un exilio voluntario). En México conoce a Raúl Castro y luego, en julio de 1955 “en casa de María Antonia,” a Fidel, quien acaba de salir de la cárcel en Cuba por su participación en el asalto al cuartel de la Moncada. Fidel, que ya era Fidel, dedica su exilio a la enardecida organización de la caída del dictador Fulgencio Batista, a la que Guevara, quien tiene ya una profunda y entendida devoción por el comunismo, se unirá inmediatamente. Es gracias a su amistad con Castro que el Che comienza su verdadera carrera de revolucionario, con entrenamientos militares, debates estratégicos y la pasión por una causa. Como se ve en esta trayectoria, Guevara no es en sí mismo un visionario, como parece sugerir la película de Salles. El Che es un aventurero con gran lealtad a las causas ajenas. Surge entonces otra verdad curiosa sobre Ernesto Guevara: el papel que juega en su vida la extranjería crónica.

Las notas de viaje del Che ofrecen, por omisión, un interesante comentario sobre su relación con su país natal. En el prólogo de 1953, aclara “El personaje que escribió estas notas murió al pisar de nuevo tierra Argentina [sic], el que las ordena y pule, ‘yo’, no soy yo, por lo menos no soy el mismo yo interior.” La epifanía indigenista latinoamericana del viaje con Granado resulta algo extemporánea: aunque es cierto que

escasean indígenas en la desolada Patagonia que recorre en la Poderosa II, sí abundan en el norte del país, región por la que Guevara viajó en 1949, también en moto. Motivos para la solidaridad social sobran en la patria propia, como sobran descontentos migrantes rurales a las grandes ciudades, la mayoría obreros y trabajadores domésticos: los “cabecitas negras” de la recién muerta Evita Perón. De hecho, el panorama social argentino ausente en las reflexiones de Guevara da lugar e incluso lustre a un gobierno peronista capaz, como fue, de despertar intransigentes pasiones. En este contexto es inconcebible que el Che Guevara no haga casi mención de Juan Domingo Perón en sus diarios de la época, silencio que sugiere una afiliación política tímida y algo sinuosa. Efectivamente, el Che de sus inicios es, al igual que su familia, fanáticamente antiperonista. Su posición va a ser revisada más adelante, y Perón mismo tratará de apropiarse de la figura del guerrillero para el Partido Justicialista en un futuro aún lejano (como se lo apropiarán también innumerables jóvenes de clase media quienes, emulándolo, se alzarán en armas sólo para encontrar un trágico fin). La apatía que muestra el Ernesto Guevara de 1953 respecto de la política argentina contrasta con el fervor de otros jóvenes en circunstancias similares. Por ejemplo, Alberto Granado, que ha pasado por la cárcel a causa de su participación en revueltas estudiantiles, menciona frecuentemente la situación social en su diario. Más ilustrativo aún es el caso del amigo de la infancia, Fernando Barral. Aproximadamente en el momento en que el Che revisa sus notas de viaje en moto, su amigo Barral pasa tres semanas “desaparecido” y nueve meses preso por el gobierno de Perón a causa de su afiliación a la Juventud Comunista. El gobierno quiere sacarlo de la cárcel para devolverlo al país de origen (los Barral son españoles republicanos refugiados en Córdoba desde 1939). Ante la negativa de Barral

de regresar a la España franquista, el Partido Comunista gestiona su traslado a Hungría, donde lo encuentra el Che en 1960. El contraste con dos de sus amigos da pie a interesantes especulaciones sobre la figura de Guevara. ¿Hasta qué punto su actitud hacia la Argentina es un comentario sobre su clase social, sobre su personalidad, o sobre el tipo de héroe que buscaba ser? Es evidente que la condición de extranjero resulta ser una fuerza liberadora en el Che, quien parece demasiado atraído a una burguesía cómoda dentro de la cual su futuro como alergista estaba asegurado. Es posible también que no le atrajera mayormente el tipo de lucha que ofrecía la Argentina de esos momentos: más urbana que campesina, más política que militar, de bandos étnicos más mezclados, con enemigos menos obvios y más cercanos. De allí se desprende otro comentario sobre el fenómeno Guevara: resulta curioso que uno de los principales símbolos del siglo XX esté fascinado por una épica francamente antimoderna, incluso algo nostálgica de las epopeyas de la Conquista. No sólo señala esta tendencia las luchas campesinas de Guevara, sino que la confirma también su visión como político cuando, una vez finalizada la gesta militar, el Comandante Guevara se hace cargo de la cartera de economía de la isla. Aunque en nombre de un comunismo recalcitrante, por un lado, y de una optimista diversificación industrial, por el otro, Guevara arrasa con gran parte de la infraestructura económica (azucarera) cubana para realizar el sueño de crear una sociedad completamente utópica, basada no ya en las ganancias materiales sino en la solidaridad y la satisfacción moral de participar en una noble causa. Estas ideas darán a luz al principal vástago conceptual del Che Guevara: el Hombre Nuevo.

Por entre los muchos mitos que se manejan sobre el Che (el guerrillero soñador, el Martí de la Guerra Fría, el Che amigo, el Che casado con la Revolución – de ahí que el

único romance de Guevara tratado como tal sea el de la juventud temprana), se cuele una verdad que abarca todas las otras, y es el fuerte carácter afectivo que informa y avanza su leyenda. Esta enorme inversión simbólica en la figura de Guevara se traduce en las múltiples relecturas y reescrituras que sufren sus escritos, destino del que participan también sus *Diarios de motocicleta*. No sólo revisa el Che sus notas de viaje para una posteridad aún improbable en 1953, sino que además su viuda, Aleida March, “compagina,” revisa y edita las notas de viaje para su publicación en 1993 (eliminando, por ejemplo, secciones sobre Chichina Ferreyra a causa de los celos). La publicación de las mismas notas de viaje bajo diferentes títulos (*Mi primer viaje por Sudamérica: de la Argentina a Venezuela en motocicleta* por Seix Barral, *Notas de viaje* de Ediciones B, *Diarios de motocicleta: Notas de viaje por América Latina* de Ocean Press) obedece, suponemos, a una explotación del ícono revolucionario con fines comerciales (“not that there is anything wrong with that,” como diría el también legendario Seinfeld). No obstante, todas estas ediciones publican (prólogos más, prólogos menos) exactamente el mismo texto oficial del “Centro Che Guevara” de La Habana, el cual revela una sospechosa motivación política en la discutible “acotación al margen” que clausura los *Diarios* con un verdadero grito de guerra (“asaltaré las barricadas o trincheras, teñiré en sangre mi arma y, loco de furia, degollaré a cuanto vencido caiga entre mis manos”). La violencia de estas palabras rompe el tono del resto del texto, para nada bélico. No está claro si esta sección fue escrita como ficción o como declaración (parecería ser más bien lo primero), ni cuándo exactamente. Se ha dudado, incluso, de la autoría de este anexo, cosa que no debe sorprender a nadie, especialmente después de ver los muchos manoseos que han sufrido estas páginas. Manipulación que, por supuesto, no termina con

familiares o editores. El Centro Che Guevara, es decir el gobierno cubano, publica estos diarios por primera vez en 1993, en medio de la profunda crisis económica y política que se dio por llamar Período Especial.³ Difícil es no ver en el gesto editorial la intención de revivir en la figura del Che el espíritu romántico de los inicios de la gesta revolucionaria; intento que busca, se intuye, aplacar con la resucitación del mito la falta de fe a la que había sucumbido el proyecto revolucionario.

Nuevamente, ilustra este momento el amigo de la infancia: Fernando Barral, ya recibido de médico en Hungría, se traslada a La Habana por invitación del Che en los años 60 para trabajar para el gobierno revolucionario (donde, entre otras tareas, será enviado a Vietnam a entrevistar prisioneros de guerra en Hanoi, incluyendo al ahora senador John McCain). Barral reside aun en Cuba, donde es jubilado del gobierno y, sorprendentemente, empresario. Durante la crisis de los 90, Barral establece en su casa de Miramar una “paladar,” como se llama allí este tipo de restaurante, al amparo de una de las primeras formas de libre empresa que legalizó la revolución durante el Período Especial. El éxito comercial de su negocio privado le permite a Fernando Barral compensar con creces su pensión de 14 dólares mensuales.

Pero volvamos a Walter Salles. En esta época tan dada a ver a los héroes en sus momentos más vulnerables, yo escogería hacer una película sobre el Che Guevara en sus últimos tres años de vida. El Che, ya desencantado de la Unión Soviética y de su papel en la construcción de la nueva sociedad cubana, deja a su familia, renuncia a sus puestos

³ Inmediatamente después de la caída del muro de Berlín, Cuba perdió la protección militar y el 100% de la ayuda económica que le brindaba la Unión Soviética, así como también el 75% de sus socios comerciales del CAME -Consejo de Ayuda Mutua Económica (de países socialistas). Esto sumió al país en una grave crisis económica, que fue naturalmente acompañada por una desmoralización general de la población. Sin duda, es esta desmoralización lo que detonó la crisis de los balseiros, como se llama al fenómeno por el cual unas 40.000 personas abandonaron la isla en balsa o en barco durante el verano de 1994, travesía que muchos no sobrevivieron.

oficiales y rescinde su ciudadanía cubana. Su objetivo es retomar su destino de soldado contra el imperialismo, para lo que cuenta con la misma energía que lo puso abordo del *Granma* en 1956, aunque algo mermada por el rápido deterioro de su salud, y con la experiencia cosechada en Sierra Maestra. Sólo le falta elegir el lugar de destino para su lucha por los pobres del mundo, lugar que resulta sorprendentemente difícil de encontrar. Así Guevara, un poco a la deriva sin saberlo, pasa meses en Congo peleando una batalla que ha fracasado antes de su llegada. Su mayor anhelo parece ser (ahora sí) llevar la lucha armada a la Argentina natal. Se adivinan deseos contradictorios: el de recuperar el calor y la paz de la infancia, y el de repetir la gloria del triunfo cubano. Sin embargo, el plan es inefectivo, y el puñado de hombres que envía Guevara para prepararle el terreno perece en poco tiempo. Fidel se preocupa por su camarada de armas, aún cuando su separación política y personal se ha vuelto inzanjable. Porque sabe que Argentina sería una trampa segura para Guevara, Castro trata de “ubicar” al amigo en alguna guerrilla del continente. Luego de la negativa de los guerrilleros venezolanos de enlistar al Che, Castro apela a subterfugios para convencer a los bolivianos a que lo acojan. La tragedia de errores es inevitable: los comunistas bolivianos, reacios a una lucha armada que la misma Unión Soviética desapruaba, creen que Guevara está allí de camino a la Argentina; Guevara cree que está haciendo una lucha revolucionaria en Bolivia y se sorprende ante la falta del apoyo campesino o del Partido; claramente, es imposible saber qué sabe y qué malentiende Fidel. El resultado es conocido por todos: el Che, puesto en Bolivia para burlar la muerte, cae en una emboscada fatal. Junto con él (o poco antes o poco después) mueren también todos menos tres de los (pocos) revolucionarios que lo

acompañaron en su insensata excursión boliviana. Con menos gloria que pena, el Che ha dado cara a cara con su destino de Cristo latinoamericano.

Esta etapa de la vida de Guevara muestra mejor que ninguna su pasión, su ansia de aventura, su testarudez, su ambición y sus miedos (a la vejez, al sedentarismo, al olvido). Revela, también, las ironías de un azar caprichoso pero no ineludible: el Che, leal amigo de sus amigos, es traicionado, aunque no está claro por quién, así como su voluntad de sacrificarse por los demás lleva a que otros se sacrifiquen por él. Con la perspectiva que tenemos hoy, la mayor ironía que insinúa el triste deambular de Ernesto Guevara es que la lucha armada que llevó a tantos jóvenes entusiastas a la represión y la muerte en los años sesenta y setenta, no era deseada ni por la Unión Soviética ni por la mayoría del continente americano. En fin, me pregunto hasta qué punto el Che de 1967 todavía buscaba encontrarse a sí mismo en nuevas tierras y en nuevas luchas, o si en el fondo urdió una operación suicida para burlar la nostalgia de una esperanza envejecida. También es posible que su gesta fuera sincera y que el destino lo pescara realmente por sorpresa, aunque sospecho que se habrá entregado a la pequeñez de la muerte (como es siempre, al fin y al cabo, la muerte) con algo de grandeza y un mucho de alivio. Pues, al menos en mi película, la ejecución de Guevara tiene algo de bendición.